



Jacques Louis David, *Las Sabinas*, 1799. Óleo sobre lienzo, 385 x 522 cm.

Las armas del alba

Víctor Orozco*

Carlos Montemayor tenía 18 años cuando se produjo el asalto al cuartel de Ciudad Madera, el 23 de septiembre de 1965. El año anterior había egresado de la Escuela Preparatoria de la Universidad de Chihuahua. En los años siguientes se enamoró de las letras clásicas y se guardó para sí el impacto que, refería, le causó el acontecimiento. Hacia finales de la década de los años 80, dueño de una ilustración universal que abarcaba el conocimiento de varias lenguas y con un dominio, ya reconocido, de un elegante lenguaje poético, Montemayor experimentó un retorno a un ámbito de sus orígenes chihuahuenses. Esto es, aquel que tenía la marca de los movimientos sociales desplegados durante la primera mitad de la década de los años 60, que cerraron una intensa fase con la liquidación de su vanguardia en Madera. Este regreso a los tiempos de las luchas, los debates ideológicos, las represiones, lo llevaría a instalarse en la veta literaria y en el interés político e intelectual de la oposición armada en México.

El primer resultado de esta vuelta, fue *La guerra en el Paraíso*, sobre la guerrilla de Lucio Cabañas, con la cual inauguró un estilo literario que borda entre la historia, la crónica y la novela. Montema-

yor tardaría un buen tiempo en tomar el tema de la guerrilla chihuahuense, que según confiaba en reuniones de amigos, había sido su motivante primordial. De cualquier manera, apenas completó el texto sobre el Partido de los Pobres, comenzó su indagación en Chihuahua. *Las armas del alba* apareció en 2003, mismo año en que realizó el grueso de las entrevistas. Fue acumulando testimonios con personajes de distintas procedencias: militantes políticos, funcionarios públicos, periodistas, quienes le proporcionaron el material básico para la novela. No usó en cambio una gran cantidad de documentos. Su recurso principal fue la grabación de versiones y remembranzas. En buena medida, llevó a cabo un espléndido trabajo de historia oral, el cual proporciona un valor adicional a su novela, nada desdeñable sobre todo para quienes le interesa el estudio del pasado y este instrumento para llevarlo al cabo. Con seguridad, se pudo utilizar con gran provecho en cualquier programa de enseñanza de la Historia.

Me quedó la impresión, después de haber leído la novela, así como el material utilizado, que Montemayor, en una práctica muy frecuente entre los historiadores, ajustó el texto a la materia prima dis-

ponible. Fue bastante menos en cantidad que la empleada en *Guerra en el Paraíso*. No quiso ir más allá, porque el método elegido exige el rigor de los hechos, consignar sólo aquello que consta al escritor. Así, le impuso al texto fronteras bien precisas: escribe sobre realidades acotadas, de las que tiene información de primera mano. Muchos lectores desearían algo que Montemayor no se propuso entregar: una historia de la guerrilla de los años 60. Escribió una novela sobre el ataque al cuartel y para ello se basa en las entrevistas a los sobrevivientes así como a unos pocos más involucrados, ya como camaradas de los guerrilleros, o como autoridades y algún informador. Apenas si alude a circunstancias relacionadas o antecedentes, en tanto constan en alguno de los testimonios recogidos. Otra variante del método de Montemayor, es que excluye la invención, sobre todo de los personajes. Casi todos los de Montemayor aparecen con sus nombres y apellidos. Sólo algunos no se encuentran plenamente identificados. Todo este trabajo fue suficiente para ofrecer al lector una reconstrucción de los hechos y diría que de la culminación de los hechos.

La brillante destreza literaria de Montemayor se manifiesta, sobre todo, en dar forma al lenguaje deshilvanado, fragmentario, titubeante que es común en los interrogados, más aún cuando su habla se refiere a sucesos ocurridos tres o cuatro décadas antes. Durante las entrevistas, no duda en corregirlos, recordarles u orientarlos. De esa masa bruta de materiales, algunos conservados en audio, esto es, no transcritos, el autor discrimina, escoge y coloca las piezas conforme al plan de la obra, que no sigue un patrón cronológico. Empieza justamente por el final, el momento en que Arturo Gámiz da la orden de disparar a uno de los focos que iluminaban las barracas del cuartel, con lo que se inicia el asedio. Y termina exactamente con la misma frase. En medio, coloca los diálogos relacionados con lo sucedido después del combate, o antes del mismo. Un lector poco cuidadoso o avisado, podría perderse en el cruce de los planos temporales, a la manera de los que distinguen a *Pedro Páramo*. No siempre son afortunados los ensambles, como me parece que ocurre con alguna interesante entrevista sobre acciones políticas posteriores al asalto al cuartel e insertada en *italica* en el cuerpo de la novela. Ello me persuade en la idea de cómo Montemayor buscó aprovechar en su integridad el valioso material histórico reunido, sin resignarse a desechar nada.

Ya en el texto final, puede introducir imágenes diversas, sobre el paisaje, las actitudes, los estados de ánimo, el alma de sus personajes. Por ejemplo cuando en la huida de Florencio Lugo, escribe que: "La sierra inmensa recibía el color del atardecer como una parte de su propia corpulencia, como un giro de su solitaria e innumerable fuerza, su incontable espacio". O bien, cuando reproduce una conversación de último momento entre los atacantes del cuartel, en la cual se expresan las previsibles dudas, por el enorme riesgo que implicaba enfrentar a una unidad militar con un minúsculo grupo mal armado de hombres que, da la impresión, están más dispuestos al sacrificio que a la victoria. Juegan allí los eternos argumentos de la "hombría" y la "cobardía", tan usuales entre los comprometidos con acciones revolucionarias. En la tesitura de ir adelante con los planes o retirarse ante las circunstancias adversas, la resistencia de quienes no comparten la decisión de abrir el fuego, es fácilmente vencida con una simple pregunta que Montemayor recupera, en boca de Arturo Gámiz: "¿Tienes miedo?" Es en estos breves instantes que se pone en acto el antiguo dilema de los revolucionarios: *Hic Rhodus, hic salta*. Es ahora y aquí. Arturo Gámiz, Pablo Gómez, Ramón Mendoza, Salomón Gaytán, Florencio Lugo, Lupito Escobel, Rafael Martínez Valdivia, Oscar Sandoval, Antonio Escobel, Miguel Quiñones, Emilio Gámiz, Paco Ornelas y Matías Fernández cruzaron la línea para jugarse el todo por el todo. Su vida. En las últimas páginas de la novela, Montemayor describe la entrada a las calles de Ciudad Madera del camión en el cual se transportaban durante la madrugada del 23 de septiembre. En estos párrafos la narración mantiene en vilo al lector, casi le hace experimentar las encontradas sensaciones que debieron invadir a cada uno de los guerrilleros: el miedo, la decisión, el fatalismo.

De no haber utilizado los recursos del magnífico escritor que era, para trabajar los testimonios recogidos, es previsible que el resultado hubiera sido una especie de acta de juzgado, en la cual se estampa una declaración tras otra y sus lectores hubieran sido sólo los agradecidos investigadores. En esta combinación reside, a mi juicio, el valor principal de la novela. Es ella la que permite aunar el mérito de la inquisición histórica, con la imaginación literaria.